

JOSÉ CERVERA PERY

*El patrimonio cultural de la Armada:
marina y sociedad*

27 DE MAYO DE 2004

JOSÉ CERVERA PERY

LICENCIADO EN DERECHO POR LA UNIVERSIDAD DE MADRID. LICENCIADO EN HISTORIA POR LA UNIVERSIDAD DE CÁDIZ. PERIODISTA DE TITULACIÓN OFICIAL. DIPLOMADO EN TECNOLOGÍA DE LA INFORMACIÓN Y ALTOS ESTUDIOS INTERNACIONALES. DIPLOMADO EN DERECHO INTERNACIONAL Y DERECHO MARÍTIMO POR LAS FUERZAS ARMADAS. GENERAL AUDITOR DEL CUERPO JURÍDICO MILITAR EN SITUACIÓN DE RETIRO.

HISTORIADOR NAVAL CON MÁS DE VEINTICINCO LIBROS PUBLICADOS, ARTICULISTA Y CONFERENCIANTE EN NUMEROSOS FOROS ESPAÑOLES, EUROPEOS E HISPANOAMERICANOS. PROFESIONALMENTE HA DIRIGIDO EL DIARIO ÉBANO DE SANTA ISABEL DE FERNANDO POO, Y LAS REVISTAS PROA A MAR DE LA LIGA NAVAL ESPAÑOLA Y LA REVISTA DE HISTORIA NAVAL DEL INSTITUTO DE HISTORIA Y CULTURA NAVAL.

HA SIDO JEFE DE LOS GABINETES DE PRENSA DE LA SUBSECRETARÍA DE LA MARINA MERCANTE Y DEL MINISTERIO DE MARINA. CONSEJERO LEGAL DEL ESTADO MAYOR DE LA ARMADA Y PROFESOR DE LA ESCUELA DE GUERRA NAVAL. SU ÚLTIMO DESTINO JURÍDICO FUE EL DE AUDITOR DE LA FLOTA. FUE IGUALMENTE MIEMBRO DE LA DELEGACIÓN ESPAÑOLA EN LA TERCERA CONFERENCIA DE NACIONES UNIDAS SOBRE EL DERECHO DEL MAR (CARACAS, NUEVA YORK, GINEBRA) Y MONTEGO BAY (JAMAICA) Y MIEMBRO DEL COMITÉ JURÍDICO DE LA ORGANIZACIÓN MARÍTIMA INTERNACIONAL (LONDRES) Y COMITÉ JURÍDICO DE DERECHO INTERNACIONAL (BRUSELAS).

TRAS SU PASE A LA RESERVA DESEMPEÑÓ LOS DESTINOS DE JEFE DEL SERVICIO HISTÓRICO DE LA ARMADA, JEFE DEL DEPARTAMENTO DE CULTURA DEL INSTITUTO DE HISTORIA Y CULTURA NAVAL Y DIRECTOR DE LA REVISTA DE HISTORIA NAVAL. EN LA ACTUALIDAD ES EL ASESOR DE LA DIRECCIÓN DEL CITADO ORGANISMO.

ES ACADÉMICO CORRESPONDIENTE DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA Y DE OTRAS INSTITUCIONES CULTURALES ESPAÑOLAS E HISPANOAMERICANAS, ASÍ COMO NUMERARIO DE LA REAL ACADEMIA DE SAN ROMUALDO DE CIENCIAS, ARTES Y LETRAS DE LA CIUDAD DE SAN FERNANDO.

ESTÁ EN POSESIÓN DE LA GRAN CRUZ DEL MÉRITO NAVAL Y CRUCES DEL MÉRITO DE LOS TRES EJÉRCITOS, CRUZ DISTINGUIDA DE LA ORDEN DE SAN

RAIMUNDO DE PEÑAFLOR, CRUZ ENCOMIENDA Y PLACA DE LA DE SAN HERMENEGILDO Y ENCOMIENDAS DE LAS ORDENES DE ISABEL LA CATÓLICA, MÉRITO CIVIL Y ÁFRICA, ENTRE OTRAS CONDECORACIONES.

HA PUBLICADO TAMBIÉN DOS NOVELAS HISTÓRICAS Y CINCO LIBROS DE POEMAS, HABIENDO OBTENIDO IMPORTANTES PREMIOS, EL DE MÁS TRASCENDENCIA EL «MARQUÉS DE SANTA CRUZ DE MARCENADO, PRÍNCIPE DE LAS LETRAS MILITARES» EL MÁS ALTO GALARDÓN DEL MINISTERIO DE DEFENSA, CUYA ENTREGA LE HACE PERSONALMENTE S.M. EL REY.



Trazar un cuadro desde un enfoque personal, de los vínculos culturales que se han venido sucediendo en el ámbito de la Armada a lo largo de buena parte de su historia moderna y contemporánea no es tarea fácil, y menos aún el análisis de sus implicaciones y su impacto en la sociedad de su tiempo.

Pero Marina y Sociedad han sido términos simbióticos a través de una larga trayectoria de afinidades y reencuentros, y justo es consignarlo.

Pero hay que formularse una pregunta obligada: ¿Las vivencias de estas realidades, las tiene o percibe el marino por pertenecer a la Institución o son privativas del hombre que se injerta a través de ellas en un marco o entorno de cultura peculiar? Si tomamos como punto de partida el de la marina «ilustrada» es porque admitimos que el espíritu de la Ilustración dejó notar su impronta en amplios campos del quehacer humano. De ellos quizás el más importante fuera el político pero no puede subvalorarse el intelectual, y ahí se mueven a sus anchas los marinos del siglo XVIII, aunque en un trasfondo cercano, la política –sobre todo al advenimiento del liberalismo–, los condicione igualmente. Pero el profundo cambio de pensamiento que experimenta la sociedad española del siglo XVIII se ha de advertir forzosamente en los hombres del botón de ancla. De aquí que haya que situar históricamente los personajes y sus obras avanzando y retrocediendo en una trayectoria cargada de sustancia intelectual tanto por una necesidad metodológica como por una inclinación de espíritu.

Como ha dicho Sánchez Agesta, lo que España recibió y discutió a lo largo del siglo XVIII fue la idea y posiblemente el sentimiento de progreso. Progreso en el dominio del hombre sobre la naturaleza, en el saber y en la ordenación de las relaciones sociales. En contrapartida, Europa recibió de España el concepto de honor, dignidad e hidalguía. Para la Armada, como para otros estamentos de la época, el siglo XVIII representa una revisión crítica que de una parte se enfrenta a la deformación

del pensamiento español en el siglo XVII y de otra trata de incorporarse a la nueva actitud científica del mundo europeo y a la revisión de valores que prepara la revolución del nacionalismo liberal en el siglo XIX. Como un simple ejemplo está la obra de don Juan José Navarro, Capitán General de la Armada y Marqués de la Victoria, incansable escritor que en el tiempo que desempeñó en Cádiz la Dirección de la Armada, la sometió a un amplio proceso de transformación cultural, del que no fueron tampoco ajenos don Jorge Juan Santacilia, don Antonio Ulloa, don Vicente Tofiño, don Gabriel Císcar, don Cipriano Virmecati y tantos otros ilustres pensadores y científicos.

Entre los sectores minoritarios que encarnan la propuesta ilustrada para renovar la vida española, se piensa en la cultura como vehículo idóneo de elevación del nivel del país, proporcionando al individuo los elementos básicos de libertad y dignidad necesarios para su proyectada reforma. Se celebraban con un entusiasmo casi religioso los progresos de la cultura y del saber estimados como bienes inalienables. En este sentido una verdadera fiebre de aprender invade las capas distinguidas de la sociedad española de la que los marinos ilustrados forman también parte. Feijoo y Sarmiento en la primera mitad del siglo XVIII habían marcado la pauta, pero la llegada de Carlos III instala en el poder un equipo de hombres que saben lo que quieren, y que cuentan por primera vez con los instrumentos políticos necesarios para promover el cambio que desean. El asturiano Pedro Rodríguez de Campomanes es procurador del Consejo de Castilla desde 1762 y desde ese cargo es adalid de la reforma y promotor y apoyo de las nuevas ideas. Se promueve la fe en la cultura que se resume en expresiones como éstas salidas de la pluma entusiasta de Menéndez Valdés: «Si el hombre no es miserable y débil por ser ignorante, si se aumentan sus luces y sus conocimientos, se aumentará al mismo tiempo su poder y su felicidad y se le aligerarán las penas».

Se cree en la cultura dirigida para el logro de una obra benéfica y utilitaria, y así Jovellanos deseaba una feliz combinación entre la teoría y la práctica en la búsqueda de un compromiso que aúne el pasado aristocrático y la democracia que debe surgir de la cultura. Todos los hombres se necesitan mutuamente en el sentir de Campomanes, para quien el verdadero extranjero en su patria es el ocioso. Se desarrolla por tanto un impulso arrollador de creación de importantes academias y sociedades como reuniones de hombres generosos y desinteresados, artífices de la gran cruzada que deben promover la felicidad y el bienestar de sus compatriotas; y en este aspecto bueno será recordar la creación en Cádiz por Jorge Juan de la Tertulia Amistosa Literaria, verdadero emporio del saber de la época desde un ámbito marino y familiar.

La apertura intelectual favorecida y propiciada desde el aparato del Estado en el reinado de Carlos III permite a España ingresar siquiera minoritariamente en un circuito ideológico europeo caracterizado por el reformismo y la prerrevolución. El pensamiento liberal surge así a partir del sistema de valores de la Ilustración como

reflejo de las limitaciones y de la impotencia final que afectan al proyecto de reformas del despotismo ilustrado. Pero la Ilustración subsiste todavía en la etapa final dieciochesca, con el reinado de Carlos IV prolongándose hasta el mismo estallido de la guerra de la independencia. La Marina española en sus hombres, ideas y proyectos, habrá de someterse también al cambio de los tiempos. La catástrofe nacional que comportó la invasión francesa y todo el cúmulo de destituciones que la convulsión bélica trajo consigo abrieron un periodo de decadencia continuada y acelerada por las guerras civiles, ya larvadas en las luchas contra franceses y afrancesados. Desde la perspectiva del siglo XIX «guerra y revolución», «liberales y absolutistas» serán términos absolutos de una escala de valores que ha de tener marcada incidencia en los parámetros de la sociedad, en la que la Marina ha de incrustarse necesariamente.

Los liberales –y la mayor parte de los marinos ochocentistas lo fueron– los ilustrados se convirtieron en modelos de seguimiento y aplicación en el discurrir naval; para lo absolutistas –y no faltaron ejemplos de ellos– los ilustrados fueron los culpables del desorden, de la revolución y la herejía. De estas dos posiciones contrapuestas, inflexibles entre sí no podía esperarse que esta recuperación científica y cultural, tan advertida y constatada durante la época carlotercista, pasara por mejores momentos. Sin embargo, el siglo XIX ofrece claras muestras de cohesión en cuanto al progreso y desarrollo de las ciencias, las letras o las artes en el ámbito naval.

La huella o impacto que la Marina y los marinos al margen de su condición profesional habrán de dejar en el marco de la sociedad decimonónica española es fácilmente reconocible. Integrada en esa misma sociedad de la que forman parte, su contribución al desarrollo de la misma será notable en no pocos aspectos. La Armada en muchos casos le facilitará los medios para lograr esa integración en el plano cultural, científico o académico, y en justa reciprocidad pensadores, escritores o artistas, que también los hubo trasvasaron a la Marina de algún modo, la saga de sus triunfos. Las constantes de la inquietud intelectual, de los imperativos sociológicos en los que la mar actúa como vehículo común estarán siempre abiertas a los más ambiciosos horizontes.

No podemos recorrer toda la trayectoria íntegra de las glorias científicas o literarias que pueden enorgullecer a la Marina, no siempre bien comprendida o interpretada en su quehacer histórico. Los viajes de Jorge Juan y Ulloa, todavía en la segunda mitad del siglo XVIII, a Perú, para medir sobre la línea del ecuador los grados del meridiano terrestre en un intento decisivo de resolver el problema de la verdadera configuración del globo, será una aportación científica de primera magnitud, y poco más tarde presentará el primero a la administración de Europa, su «Examen Marítimo» y su «Compendio de navegación», mientras que el segundo publica su «Relación histórica del viaje a la América meridional». También Mazarredo, por su propia observación y la fuerza de su ingenio, perfeccionaba durante un viaje a Manila

su método de hallar la longitud del mar, midiendo la distancia de la luna a una estrella tomando al mismo tiempo las alturas de ambos astros; fundaba el notable Observatorio Astronómico y publicaba sus Rudimentos –que eran algo más– de Táctica Naval, mientras Mendoza hacía una utilísima innovación para facilitar los cálculos de la navegación con sus famosas Tablas, que como tantas veces ocurría, se hicieron famosas antes en Inglaterra que en España.

Aunque no podamos fijar la atención sobre el total de aquella brillante concurrencia de sabios marinos que fueron la admiración de Europa, malogrados la mayor parte por la indiferencia de los gobiernos, la dura exigencia de los combates, o penosamente envueltos en diferencias políticas, no estará de más recordar que Churruga, el de Trafalgar, sorprendía en Tolón a los ingenieros de la armada francesa con la presentación de un ingenioso método para determinar los desgastes de los navíos, publicado más tarde con sus memorias astronómicas, su instrucción militar, su nuevo sistema de puntería y sus cartas hidrográficas; mientras que Alcalá Galiano su compañero en el saber y en una muerte gloriosa, publicaba sus memorias resultado de sus incesantes estudios astronómicos.

Siguiendo el hilo de la aportación científica don Gabriel de Císcar publicaba su «Curso de estudios elementales de Marina», Tofiño enriquecía el Depósito Hidrográfico con su famoso «Derrotero» y Enríquez y Reguard publicaban «Hechos gloriosos de la Marina España» y el «Diccionario de la Pesca», verdadera obra modélica de su género en su época. La increíble postración o abandono que más tarde se haría sentir, vino a coincidir con la desafección colonial y el mal momento mercantil; cayeron en descrédito libros y ensayos, se cerró el Colegio de Guardiamarinas, vivero también de oficiales ilustrados, llegándose a entender a la Marina como carga onerosa o lujo innecesario y donde el influjo de los ministros del ramo, no alcanzaban a obtener el remedio de aquellos males.

Se ha dicho que si la Armada no llegó a desaparecer totalmente en aquella época aciaga, si no llegó a olvidar sus tradiciones científicas e incluso literarias, fue debido a los principios de pundonor noblemente conservados en sus hombres, a su acrisolada lealtad y a una aplicación espontánea sin estímulos protectores. Así, tras la Guerra de la Independencia, produjo gran impacto la publicación del «Juicio crítico sobre la Marina Militar de España», escrita en estilo epistolar, anónima en su aparición pero identificada después como de don Luis María de Salazar, uno de los ministros de Marina de Fernando VII. El análisis de las causas de la decadencia de la Armada era estudiado también por un asesor de Marina, don Ceferino Ferret, quien exponía optimistamente una serie de medios para restaurarla, y también don Antonio de Escañó, ya teniente general, proponía su «Plan de reforma para la Marina Militar de España». Es indudable que sin el tenaz empeño de estos hombres, matizando causas y previniendo remedios, quizás institucional y corporativamente, la Marina se hubiera ido del todo a pique.

La aparición en 1831 del «Diccionario Marítimo Español», obra bastante exacta y completa en su primera edición, venía a llenar un vacío en la exigua terminología doctrinal de la Armada, ya que ofrecía un amplio repertorio de voces técnicas, marítimas, astronómicas, de arquitectura naval y usos de comercio aplicados a la navegación. También otro diccionario durante mucho tiempo inédito de Vázquez de Figueroa vendría a completar una panorama esperanzador, por lo que tales atenciones mantenían de alguna forma el fuego vivo de la perspectiva científica o cultural de la Marina en el contexto de su función histórica.

Si en las ciencias propias o referidas a la Marina han sobresalido en todo tiempo insignes escritores de dentro de sus escalafones, no menos destacaron en otras ramas del saber humano como historia, viajes, ciencias administrativas, derecho internacional, ensayo y poesía; y no estará ausentes tampoco las primicias del periodismo marítimo en sucesivas fases creadoras de un estilo propio que cimentado y madurado y en constante y renovada solera de buenas letras habrá de prolongarse hasta nuestros días.

Pero los más firmes pilares donde se asienta toda la fecunda cultura naval decimonónica se llaman don José de Vargas Ponce y don Martín Fernández de Navarrete, a los que más tarde habrá de unírseles don Cesáreo Fernández Duro, sin olvidar tampoco a don Jorge Lasso de la Vega, don Javier de Salas, don Miguel Lobo, don Pedro Novo y Colsón, así como los Pavía, Saralegui, Concas, Auñón, Navarrete etc. Vargas Ponce fue miembro ilustre en su época de las tres Reales Academias existentes, Española, de la Historia y de Bellas Artes, de cuya segunda fue elegido por dos veces director. Fernández de Navarrete también perteneció a las mismas instituciones, siendo bibliotecario perpetuo de la primera y Fernández Duro fue académico y secretario perpetuo de la de la Historia. No es necesario cargar la mano de los elogios con respecto a tan eminente triunvirato, cuyo prestigio intelectual de espléndida representación se comenta por sí solo.

Vargas Ponce, después de la obra que empezó a publicar con el título de «Varones ilustres de la Marina Española», abundante en inéditas noticias y rica erudición, se ocupaba de reunir y coordinar materiales para la redacción de una historia general de la Marina española —obra como ha escrito Lasso de la Vega— no menos reclamada por nuestra literatura que por el honor nacional, empresa ardua y grandiosa, pero no superior a las fuerzas de aquel a quien fue encomendada. En un pequeño ensayo que como preparación y guión del tema, publicó con el título «Importancia de la historia de la Marina española» ya presentaba con claridad las condiciones y circunstancias que habrían de concurrir para que la obra pudiera alcanzar buen término. Lástima que la muerte le sobreviniese en 1821 en medio de su trabajo sin poder ni siquiera presentar una parte del mismo.

A su ayudante en la empresa don Martín Fernández de Navarrete, mucho deben también las letras españolas. Su exquisita erudición, sus investigaciones históri-

cas, así como sus biografías de marinos ilustres publicadas en la Gaceta de Madrid o en los Estados Generales de la Armada, justifican su cartel de primerísimo figura en el panorama cultural del siglo. La historia de los descubrimientos que hicieron los españoles, y sobre todo su «Biblioteca Marítima Española», obra monumental en su planteamiento y contenido, completan su asombroso «currículo» literario, y puede decirse que jamás sabio alguno logro como Navarrete reunir mayor cantidad de títulos y distinciones. Los más famosos autores extranjeros de su tiempo elogiaron sus publicaciones y Humboldt en su «Ensayo sobre la geografía del Nuevo Continente» y Washington Irving y Prescott, recurrieron más de una vez a sus textos para reescribir el uno sobre la vida de Colón y el otro la historia de los Reyes Católicos.

El relevo de Fernández de Navarrete –pluriempleado en la riqueza del espíritu– lo tomaría Fernández Duro, un zamorano, hombre de tierra adentro pero que sentía honda y cercanamente la llamada del mar y de sus armas. El destino parece muchas veces complacerse en estas paradojas, pues don Cesáreo es sin duda alguna uno de los hombres que más prestigiaron a la Marina en un amplio campo de actividades intelectuales.

Miembro de la primera promoción de aspirantes de Marina en el recién estrenado Colegio Naval, sustituto de las Reales Compañías de Guardiamarinas allá por el año de 1815, su aprendizaje, en la dureza del oficio, no habría de diferir del resto de sus compañeros, entre los que se encontraban no pocos apellidos de raigambre marinera. Cuba, Filipinas y más tarde la península, serán sus escenarios a flote, pero su auténtica vocación habrá de llevarle muy pronto a las aulas y a los libros. Profesor del Colegio Naval, dejó huella con la redacción de un texto de Derecho Internacional Marítimo, que enseguida fue declarado de texto para los Guardiamarinas, pocos años antes sus compañeros y en espacio de poco tiempo sus discípulos.

A iniciativa de Fernández Duro, se debió la publicación de la importante «Revista Naval», que nació en Cuba en 1854, y que es también de las publicaciones adelantadas del periodismo marino. Representó a España en la Exposición Marítima Internacional de Nápoles, fue presidente de la Asociación Internacional de Ciencias y Artes; comisario de España en la Exposición Universal de Viena, y en todas partes evidenció su profundo saber y sus admirables dotes de organizador y estadista, que le abrieron también de par en par las puertas de todas las Academias y Centros docentes. La actividad de Fernández Duro en el campo americanista fue muy destacada. Tras de publicar en gran parte los llamados «pleitos de Colón», desmontó implacablemente de denominada «Versión tradicional del Descubrimiento», amañada crónica hispanófoba, que inexplicablemente se enseñaba incluso en nuestras escuelas. Es a Fernández Duro, por tanto, a quien se debe la iniciación de la moderna crítica histórica del nacimiento del Nuevo Mundo, que valoriza con ecuanimidad y justeza la acción española en América, y la gesta de los compañeros del almirante. Su inteligencia, capacidad de trabajo, vastísima cultura y afanosa inquietud por aumentarla, lo

reclamaron también para el ministerio de Marina, en donde demostró su laboriosidad, aplicación y conocimiento en las diferentes gestiones encomendadas. Como dice Guillén, sus informes, como los de Salas, brillaban por su manera de calar en lo histórico, base interesantísima siempre, e imprescindible en muchas ocasiones, como lo prueba cuanto escribió sobre la entonces candente cuestión de las artes de arrastre y lo referente a las almadrabas, complicados asuntos de legislación, secularmente enmarañada con privilegios e intereses encontrados que interferían lo puramente social, novísimo aspecto que afloraba ya en la vida pública.

De entre las cuatrocientas obras largas que entre libros, monografías, memorias, etc., escribió, destaca en su proyección histórica «La Armada Española desde la unión de los reinos de Castilla y Aragón» documentadísimo estudio en nueve volúmenes donde la erudición corre pareja a la amenidad, con el más exigente rigor histórico. Su modestia al término de la obra, le movió a decir que su propósito «había sido reunir noticias, atar cabos sueltos y ofrecer el bosquejo de los asuntos principales, que desarrollados con habilidad constituyan en su día la historia definitiva de la Armada española. No habrá tal: la obra es definitiva en su concepción y su contenido y por tanto difícilmente mejorable. Lástima que quedase anclada tras la muerte de Fernando VII, porque aunque la vida de Fernández Duro se prolongó felizmente hasta bien avanzada la Restauración, «quiso dejar para otros el cuidados de referir sucesos que aún habiendo presenciado no creía poder contar con la misma tranquilidad de espíritu que los anteriores».

La historia de la Marina no puede ser escrita sino por un marino, se decía ya en los albores del siglo XIX, cuando ya se afanaba don José de Vargas Ponce, y sus ayudantes don Juan Sanz Barrutell y don Martín Fernández de Navarrete, en la búsqueda de manuscritos, memoriales y toda clase de fuentes testimoniales en archivos públicos o privados para redactar la trayectoria histórica de la Marina Real. Desgraciadamente los malos tiempos que se sucedieron no permitían dar cima a la obra, y la muerte de Vargas Ponce abrió un paréntesis de olvido a la empresa. Sería la inquietud del brigadier Lasso de la Vega, quien moviera otra vez las aguas de la indiferencia, en una exposición dirigida al ministro «sobre el número, valor y calidad de los materiales que tiene a su disposición el Gobierno para escribir la Historia de la Marina española y modo de utilizarlos en provecho y honor a la misma». Don Jorge trabajó mucho y bien, y hasta llegó a esbozar un ambicioso guión del proyecto, pero la tarea habría de resultar, a la postre, superior a sus fuerzas. Fernández Duro, y un poco «por libre», acometió por su cuenta la empresa, manejando todo el riquísimo caudal concentrado y archivado en el Depósito Hidrográfico, y aunque redujo el campo de acción partiendo desde la fusión de las Marinas castellana y de Aragón, al lograrse la unidad de España —dejando aparte lo medieval—, logró el objetivo propuesto, dejando a las generaciones posteriores y aún a la suya propia, el legado de una obra básica y trascendente, imprescindible e insustituible aún, en la mesa del estudioso.

A lo largo de toda la centuria, a despecho de los vientos de bolina huracanados, de los tremendos pantocazos que pusieron tantas veces en trance de naufragio a la Marina, ésta supo mantener su entusiasmo y brillante representación en el ámbito de una sociedad que más exigía cuanto mayor era su desarrollo. Los Pardo de Figueroa, hermanos del erudito doctor Thebusen, autor de una importante como poco divulgada biografía de Isaac Peral, Novo y Colson, dramaturgo e historiador que perteneciera también a las Reales Academias Españolas y de la Historia, esta última precisamente en relevo de Fernández Duro, los ya citados Lasso de la Vega y el Almirante Lobo, cuya importantísima biblioteca legó a la ciudad de San Fernando y es orgullo legítimo de aquella ciudad; Concas, Capitán de Navío de brava ejecutoria que llegó a presidir el Ateneo de Madrid, Manrique, Sorela, Sánchez Cerquero, Montojo, Adolfo Navarrete, etc. portadores todos ellos de una imaginación creativa y un alcance intelectual inquestionable.

El periodismo, como medio de expresión de una conciencia marítima, tendrá también su acontecer histórico en la primera mitad del siglo. «Amanecieron días más felices –escribirá el brigadier Lasso de la Vega– y un sentimiento de vida vino a reanimar a nuestra Marina. En esta aurora de libertad surgió la idea de una publicación periódica, destinada esencialmente a excitar a nuestros marinos y hombres de letras, a salir de su forzado silencio y a abogar por los intereses marítimos de la nación».

Tal fue el motivo que en 1839 dio origen al primer periódico de Marina en España. No habría de nacer de un sentimiento de suficiencia, ni en su tendencia y aspiraciones se pretendía cargar tintas en las notorias necesidades de la Armada. Por el contrario, giraba en torno a otra pretensión, la de llamar la atención de los marinos españoles cuya autoridad y competencia eran de sobra conocidas, y de quienes podía esperarse un resultado que coronase los esfuerzos. La justificación del intento quedaba plasmada en una larga –y al estilo de la época, farragosa– exposición de motivos, pero la «España Marítima», aunque de forma incompleta y en cierto modo infantil, vino a significar un esperanzador paso al frente en la escasa panorámica (sólo la «Gaceta» noticiaba de vez en cuando) de la vida naval.

La «Crónica Naval de España», continuadora dentro de los imponderables de la época, de las dificultosas singladuras de la «España Marítima», tampoco habría de gozar de pacífica y dilatada vida. Aquella entusiasta publicación que había surgido como «revista científica, militar, administrativa, histórica, literaria y de comercio ¡nada menos!, bajo el patronazgo y dirección de D. Jorge Lasso de la Vega y D. José Marcelino Travieso, auditor de Marina también, quedó a mitad de camino. La imprenta de Antonio Andrés Babi, calle del Baño, 14, donde se tiraba, se vio «bañada» por una más que tempestad económica, y aunque un cambio de aires al taller de la viuda de Calero, en Santa Isabel, 26, le dio algo de oxígeno, la «Crónica Naval» fue irremisiblemente arrastrada por la resaca de pagarés no pagados, moratorias no prorrogadas e historia-

dos recibos extendidos en fina letra inglesa, pero tan implacables en su ejecución como los emitidos por las modernas computadoras.

El tomo último de la revista corresponde a 1861 (la «Crónica» duró sólo seis años) y recoge un estudio de Jorge Lasso de la Vega sobre España y el Mediterráneo, tan vigente aún de contenido, que parece escrito en nuestros días. D. Miguel Lobo elabora una detallada tabla cronológica de ciclones y nombres de huracanes. Hay un proyecto de reforma para la Infantería de Marina y un elogio necrológico al teniente de navío don José Montes de Oca, un esforzado pionero de la colonización española en el África ecuatorial. Las frases del último trabajo de volumen, «La Marina Real de España», también del incansable Lasso de la Vega, ¡siempre la preocupación por la historia corporativa!, resultan altamente aleccionadoras. Con ellas ha de cerrarse una época y un esfuerzo.

Los dieciséis años que van desde 1861 a 1877 –fecha en que aparece el primer número de la «Revista General de Marina», cuya continuidad periódica ya no habrá de interrumpirse– presentan un vacío difícil de llenar, en cuanto al periodismo especializado. En Europa navega bien la francesa «Le Moniteur de la Flotte», y aunque la inglesa «The Illustrated London News» no es una revista profesional, se ocupa destacadamente de temas marineros. También estará presente la Marina en su homónima nacional «La Ilustración Española y Americana», fundada a mitad del siglo por don Abelardo de Carlos, y a la que acuden también nuestros marinos escritores con lo mejor de sus galas. Sí, decididamente, la Marina sigue siendo noticia.

Quizás el horizonte despejado de la restauración, alejados por el momento tras las paces en la guerra carlista, de los negros y tenaces nubarrones de tantos años atrás, animase a don Juan Bautista Antequera a la creación de la «Revista General de Marina», que como «de ciencias y asuntos marítimos», y encomendada su tutela al director de Hidrografía, suelta amarras en el otoño de 1877, entre los plácemes y saludos de la escasa militancia con las que iba a compartir aciertos y sinsabores. Ya «El Mundo Militar», su colega más afín, pasea igualmente sus reales y superviven decorosamente, la «Revista Militar y Naval», nacida en 1841, y «Anales del Ejército y la Armada», ésta más gacetilla, pero cuyo punto de partida es del primer tercio del siglo XIX.

Durante los años de rodaje de la «Revista», la peregrinación ministerial es amplia y elocuente. Muchos serán rostros de viejos conocidos con su secuela de propósitos y proyectos, ...y afanes de supervivencia; pero también cuenta la savia nueva y en ella destacará precisamente el creador del empeño, el almirante Antequera, antiguo comandante de la «Numancia» en el famoso viaje de circunnavegación, que en su primera etapa de ministro quiso reconstruir la Marina con adopción de reformas que la hicieran más eficaz, renovando todo el anticuado material de combate. No habría de conseguir su propósito «a la primera», pues si le sobraron ganas, le faltó tiempo, pero volvió de nuevo a la carga con todo su entusiasmo en su nuevo mandato de 1885 –en el año triste del fallecimiento de don Alfonso XII– hasta el punto de conseguir un

clima de auténtico resurgimiento naval en pocos meses. De todo ello dará cuenta puntual y gozosa la «Revista General de Marina», y sus páginas conservan numerosos testimonios de no pocas alternativas de esperanzas, y también de preocupaciones, a lo ancho de sus galeradas.

Del fecundo recorrido de la Revista hasta la curva del fin de siglo, pueden deducirse no pocas conclusiones y obtenerse provechosas consecuencias, ya que en todo momento estuvo abierta a un cauce de opiniones constructivas y en no pocas ocasiones constituyó una auténtica piedra de toque de la política naval. Ni quiso dejarse llevar nunca por el triunfalismo irresponsable, ni cayó tampoco en el pozo de un pesimismo exacerbado. Fue equidistante en su serenidad y objetiva programación. Se adaptó y encajó perfectamente al paso de los tiempos e hizo de su honestidad profesional una serena línea de conducta. Y lo que es más importante, defendió con uñas y dientes, el prestigio de la Institución cuando se vio combatida, y el honor de sus hombres cuando fueron atacados sin piedad. Pero sobre todo, reflejó con sencillez y elegancia en su andadura decimonónica, las constantes de una limpia proyección social en el entorno de la sociedad y la cultura de la España apasionante del siglo XIX.

Tal vez haya llegado el momento de plantearse los cauces por los cuales discurre esa integración intelectual de la Marina. Cabrá preguntarse si los determinantes de este comportamiento sociológico, pueden ser analizados con precisión histórica. ¿Es el marino del pasado siglo un hombre formado? ¿No habrán de influir en la formación de su carácter la dureza de una profesión en la que los destinos de a bordo pueden mantenerlo en aislamiento físico y psicológico, por mucho más tiempo que el aconsejable? ¿No habrán de condicionar su mentalización social las dilatadas y no siempre fáciles o agradables estancias en Ultramar? Como ha escrito Alonso Baquer, el marco histórico de la vida militar española –y en lo militar generalizamos por nuestra parte a lo marino– se nos presenta referido a telones de fondo esencialmente distintos. De aquí que sea inadecuado partir de condiciones monolíticas y permanentes. El proceso formativo de los cuadros de la Armada, por consiguiente, habrá de jugar un decisivo y trascendente papel en la incorporación de los mismos, en sentido simplemente humanista al entorno ilustrado y cultural del país.

Pero esta revisión a grandes rasgos del patrimonio cultural de la Armada de un pasado todavía reciente, no quedará completa si no la afrontamos también desde una perspectiva actual en la que hombres y nombres de la Armada han seguido, ampliadas, y en muchos casos mejoradas unas líneas maestras trazadas de antemano. Si ya Canalejas hablaba al final de la primera década de nuestros siglos de un Renacimiento militar aplicado a las letras y las artes, la cuota de participación de la Marina en el mismo, no será exigua. Tras el certamen naval de Almería que de algún modo tonificó el decaído espíritu del «desastre» los árboles si dejan ver el bosque y la tradición cultural de la Armada se vio reforzada con renovados ímpetus. Nombres como los de Estrada, Agacino, Chacón, Pérez y Fernández Chao empuñarán el gobernalle

de la defensa corporativa, en aquellos momentos en que la frase «No me toque Vd a la Marina» eran algo más que un tópico de dudoso gusto. Los vaivenes de una política inconformista y cicatera a veces se reflejarán también en el bagaje cultural de aportación marítima, y cuando la guerra enfrente a dos Marinas en una misma España ensangrentada a surcos, se quebrará una trayectoria reencontrada sobre cauces de esfuerzo y sacrificio.

El proceso español de recuperación tras el paréntesis de la guerra, incidirá también en la nueva perspectiva cultural abierta a horizontes más prometedores. Nuevas formas de evolución en los sistemas y en los conceptos, exigirán mayores puntos de atención en el seguimiento de una renovada dimensión intelectual que va a tener su encuadre brillantemente en la Armada. En este sentido hay que engarzar nombres ya iniciados en la etapa anterior con los surgidos o consolidados en la nueva dinámica de la posguerra, y cerrar de algún modo el ciclo –viviente y pujante– con las más destacadas aportaciones de nuestros días. Obligadas serán por tanto las citas del Almirante don Julio Guillén, Secretario Perpetuo de la Real Academia de la Historia y miembro de la de la Lengua. Impulsor y director del moderno Museo Naval –legatario del creado en el viejo caserón de Los Consejos, y al que Isabel II otorgó madrinazgo–, autor de numerosos libros, mapas, dibujos, como el de «Los marinos que pintó Goya» o la «Historia Marítima de España para uso de caballeros guardiamarinas» en los que deja traslucir su fina sensibilidad mediterránea. O la del almirante don Indalecio Núñez Iglesias, con el aporte de su fecundísima labor de investigación histórica especialmente relacionada con la Armada, modelo de bien cortada pluma, atinado juicio y espíritu cultivado. O la acusada personalidad y probada solvencia del almirante don Luis Carrero Blanco, autor prolífico y serio, tratadista riguroso de nuestra problemática naval que tan bien supo plasmar en su obra «España y el Mar», texto fundamental en nuestros días. Y también los nombres importantes de Barbudo Duarte, Manera, Martínez Valverde, Landín Carrasco; Gener, Garcés y Prado Nogueira en la poesía, Berenguer en la más importante narrativa de nuestro tiempo, González de Aledo y Arriaga en la pintura... Toda una amplia nómina de la que hay que dar constancia y fe de vida desde este censo urgente del recuento patrimonial de la cultura marinera.

No quedará satisfecho el autor de esta conferencia, en la que tantas cosas lógicamente habrán quedado por decir, si no rindiera al final de singladura una legítima referencia a los hombres del botón de ancla que continuadores de esta tradición intelectual, mantienen y enriquecen sus constantes en los días presentes. Y quiero referirme concretamente al Almirante y Académico de la Lengua, de grato recuerdo en Ferrol, Eliseo Álvarez-Arenas, uno de los pensadores más lúcidos y brillantes con lo que haya podido contar la Armada en cualquier tiempo, trance o lugar. A los vicealmirantes Álvarez Maldonado, Albert Ferrero y contralmirante Salgado Alba, cuyas trayectorias profesionales, intelectuales y humanísticas son sobradamente conocidas y valoradas; al que fuera ministro Togado de la Armada, catedrático de Derecho Internacio-

nal y estupendo guionista cinematográfico José Luis de Azcárraga, maestro en el saber y decir del antiguo derecho de Gentes, salobrizado a través del Derecho del Mar; al contralmirante Fernando de Bordejé para el que la Orgánica Naval no tiene ningún secreto; al capitán de navío Ricardo Cerezo, ejemplo de historiadores, modelo de erudición; al más joven de los académicos de la Historia, Hugo O'Donnell que enalteció al Cuerpo de Infantería de Marina con el magnífico estudio sobre su creación y glorioso historial. Al capitán de navío Blanco Núñez, que une a sus conocimientos el gracejo heredado de su tío don Indalecio; al capitán de navío Antonio de la Vega, profundo conocedor de los entresijos de la heráldica y genealogía marinera; a Hermenegildo Franco, tan ferrolano como buen historiador y publicista; a Fernando González de Canales y Rafael Estrada, el primero autor de la monumental obra de catalogación de pinturas navales, y el segundo excelente pintor e investigador naval; a Mariano Juan el dinámico director de la Revista General de Marina, buen arquetipo también del marino ilustrado, y en suma a tantos otros, que fueron o que están, inmersos en el juego de las letras o las artes y que honran y enaltecen esta Marina nuestra de gozos y sinsabores compartidos a la que todos –y el conferenciante quiere arrogarse también su modesto protagonismo– llevamos tan dentro de nuestros corazones.

Muchas gracias

Viernes 28, Mayo 2004. Diario de Ferrol.



El almirante Francisco Cañete y el rector, José María Barja, presidieron el acto en el que el mando de la Cátedra pasó de la Universidad a la Armada / J. Neis

El capitán de Navío Pavía Parareda asumió la dirección sustituyendo a De Juan-García

Universidad y Armada amplían el convenio de la Cátedra Jorge Juan

La celebración del segundo centenario de la batalla de Trafalgar, jornadas técnicas para universitarios y militares y más conferencias son algunas de las propuestas que se desarrollarán el próximo curso

Maria Ares / Ferrol

Diez años después de que representantes de la Universidad de Coruña y del Ministerio de Defensa firmasen un acuerdo de colaboración para la creación de la Cátedra Jorge Juan-en marzo de 1994- se amplían las actividades propuestas en el marco de este acuerdo, coincidiendo con la entrada en la dirección del capitán de Navío José Julio Pavía Parareda, que sustituye al profesor del campus de Ferrol José M. De Juan-García Aguado.

Es coincidente además con el cambio de equipo de gobierno en el Rectorado, con Luis Barral en el vicerrectorado de Ferrol y de Relaciones Universidade-Empresa, quien negocia con la Armada una ampliación en el acuerdo marco establecido hace una década para dotar de mayor contenido a la Cátedra Jorge Juan.

Así, según explicó el director entrante, para el próximo curso se prevé que se aumente el número de conferencias así como el prestigio

de los ponentes. También se celebrará el segundo centenario de la batalla de Trafalgar con actividades específicas y se impulsarán las jornadas técnicas, que se desarrollarán en el seno del Arsenal o del campus, según la temática y los destinatarios de las mismas.

Asimismo, añade Pavía Parareda, la Cátedra supondrá un apoyo para la Exposición de la Construcción Naval que se inaugurará el próximo año.

Financiación

Esta amplitud en el programa de actividades requiere además una mayor financiación por parte de las dos entidades, que se está negociando en estos momentos.

Por su parte, el director saliente manifestó su satisfacción por el cumplimiento de los objetivos previstos cuando asumió la dirección de la Cátedra el año pasado, a la vez que resaltó la unión entre la Universidad y la Armada que, en sí, constituye uno de los fines del acuerdo.

El siglo XXI podría tomar el testigo de los marinos ilustrados del XVIII

El general Auditor José Cervera Pery clausuró ayer el curso académico de la Cátedra Jorge Juan con una conferencia sobre el patrimonio cultural de la Armada, referido a su potencial humano. Así, explicó cómo en el siglo XVIII la Marina tenía un componente ilustrado de gran categoría como no había en otros países. El licenciado en Derecho, Historia y Periodismo se preguntó "si el marino es ilustrado o el ilustrado se vuelve marino". Recordando a Jorge Juan y otros militares ilustres hizo una revisión cariñosa de los intelectuales de la Ilustración llegando hasta el presente. Cervera Pery aseguró que el siglo XIX recibió la herencia del trabajo intelectual de los marinos del XVIII. Influencia que llegó incluso al XX. Si bien la etapa de la Ilustración tenía, sobre todo, un componente cultural que se politizará al cambiar de siglo. El conferenciante señaló, además, que a partir de la guerra civil española se produjo una recuperación en la Marina de los intelectuales. Sin embargo, matizó, puede ser este siglo el que recibe el testigo de los marinos ilustres del XVIII, porque hay mucha inquietud y un componente nuevo que no se ha dado hasta ahora: universitarios.



Cervera Pery clausuró el curso académico con su conferencia / Jorge Neis